

**Jorge G. Castañeda, *La vida en rojo.*
Una biografía del Che Guevara, México,
*Alfaguara, 1997.***

Rafael Rojas

Entre las montañas de papeles dedicados a reforzar o debilitar el mito del *Che* Guevara se salvan, a mi juicio, cuatro biografías: la de John Anderson, la de Paco Ignacio Taibo II, la de Pierre Kalfon y la de Jorge Castañeda. Cada una tiene su particular virtud. Es como si los cuatro biógrafos se hubieran distribuido el trabajo para captar eso que los griegos llamaban el *areté* del personaje. Anderson describe la construcción cultural del mito, Taibo su apasionante y caprichosa psicología, Kalfon su mundo literario y Castañeda su política. La principal virtud, pues, de *La vida en rojo* es que nos presenta al *Che* como un político entre políticos. En este sentido, Castañeda es el que más se aleja de lo meramente biográfico, pero, también, el que más se acerca a lo propiamente histórico.

En sólo 39 años de vida, el *Che* experimentó la historia con una frenética intensidad. Era como si tuviera un don especial para estar en el momento justo y en el lugar adecuado.

Vivió, como un nómada de la política, en la Bolivia de Paz Estenssoro, en la Guatemala de Jacobo Arbenz, en el México poscardenista. Hizo la revolución en Cuba y, como ministro del nuevo gobierno, viajó a los Estados Unidos, Europa, América Latina, Asia y África. Conoció de cerca la China de Mao, la Unión Soviética de Krushov y los países socialistas de Europa del Este en la época del deshielo. Estuvo refugiado en Praga y peregrinó en las selvas del Congo y de Bolivia. Esta experiencia casi febril de la historia es el trasfondo de *La vida en rojo*. Castañeda no sólo escribe la biografía de un héroe, sino las biografías de esas comunidades en las que el *Che*, como un misionero o un antropólogo armado, se infiltró. Desde las primeras páginas nos dice el autor: "Ernesto Guevara conquistó su derecho de ciudad en el imaginario social de una generación entera por muchos motivos, pero ante todo mediante el místico encuentro de un hombre y su época".

A Jorge Castañeda le interesa, más que nada, reconstruir las ideas del *Che* dentro del movimiento comunista internacional y dentro de la revolución cubana. En este sentido, es probable que de las cuatro biografías que han aparecido en los últimos años ésta sea la que toca el punto más sensible y polémico de la vida del célebre revolucionario, es decir, el punto de sus diferencias teóricas y prácticas con el comunismo soviético y con el gobierno de Fidel Castro. Diferencias de fondo y superficie que lo llevaron, primero, al África belga y luego a Bolivia, dos aventuras guerrilleras totalmente fallidas. Ésa es, acaso, la audacia de esta biografía: cuestionar el mito de una supuesta lealtad incondicional de Fidel Castro y el Partido Comunista de Cuba, al *Che*.

En contra de un estereotipo bastante extendido, el libro muestra que Guevara no fue siempre antisoviético. Uno de los pasajes más interesantes de *La vida en rojo* es el que reproduce los contactos del *Che* con Nicolai Leonov, un agente del KGB en México que lo introdujo en los círculos de la embajada soviética y le proporcionó literatura comunista. Las entrevistas de Castañeda con el propio Leonov y con Fernando Gutiérrez Barrios confirman que, luego de su paso por Bolivia y Guatemala, el *Che* llegó a México desilusionado del populismo latinoamericano y con el fervor de un comunista recién converso. Cuando la policía mexicana detiene a los futuros expedicionarios del *Gramma*, el *Che* es el único que se declara abiertamente partidario del comunismo soviético.

Todavía entre 1959 y 1962 Gue-

vara es defensor de una alianza total con la URSS y uno de los que más presiona al gobierno de Fidel Castro en esa dirección. La ruptura con Moscú se da a raíz de la crisis de los misiles en octubre de 1962. Castañeda es el primero en analizar detalladamente las tensas conversaciones entre el *Che* y Anastas Mikoyan después del pacto Kennedy-Krushov. Guevara le reprocha en términos bastante rudos al soviético el hecho de que la URSS retirara los misiles de la isla y "pactara con el imperialismo". Es entonces cuando Mikoyan le responde: "hicimos todo lo posible porque Cuba no fuera destruida. Vemos vuestra disposición a morir bellamente pero pensamos que no vale la pena..." Este choque, además de sus habituales enfrentamientos con los viejos estalinistas cubanos en materia económica, lo convirtió en una persona *non grata* a los ojos del Kremlin.

Castañeda demuestra que a partir de 1963 la posición del *Che* dentro de la clase política cubana se vuelve precaria, ya que los soviéticos lo consideran un enemigo y presionan a Fidel Castro para que lo expulse de Cuba. Castro, quien probablemente recela la popularidad del *Che*, cede a esas presiones sin dejar traslucir su propia complicidad con el virtual destierro que le aplicarían al argentino. Las dos aventuras guerrilleras, la del Congo y la de Bolivia, fueron concebidas por el Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), el principal centro de exportación revolucionaria, que encabezaba Manuel Piñeiro. El fracaso de ambas operaciones tiene que ver

con el apresuramiento y la ineficiencia con los que este aparato las planeó, lo cual, desde la perspectiva de Castañeda, podría confirmar la tesis de un sacrificio de Guevara para satisfacer a Moscú y a su propia egolatría política, por parte de Castro. El hecho de que Fidel haya leído la carta de despedida del *Che* en 1965, mientras éste se encontraba en el Congo, fue la mejor prueba de que las puertas de Cuba se le cerraban para siempre al guerrillero argentino.

El capítulo “¿Traicionado por quién, en dónde?”, que es el que se adentra en esta zona oscura de la historia, está escrito con cuidado, a partir de indicios, preguntas e hipótesis que nunca pretenden ser conclusivas. ¿Por qué Manuel Piñeiro y el PCC desinformaban al *Che* sobre las condiciones para una guerrilla en Bolivia, mientras Fidel desinformaba a Mario Monje y al Partido Comunista Boliviano sobre los planes del *Che*? ¿Por qué La Habana manda llamar a Renán Montero, el único enlace del *Che* en La Paz y fuente de toda su información, precisamente en el momento que se cerraba el cerco del ejército boliviano? ¿Por qué no se organizó una operación de rescate como la que los cubanos habían realizado en República Dominicana, Venezuela y otros países latinoamericanos? Castañeda, con prudencia, no nos dice quién traiciona ni dónde, pero el peso de sus preguntas es tal que difícilmente se puede descartar la idea de que la muerte del *Che* fuera la confluencia de varias traiciones, fraguadas no sólo por sus principales enemigos en Washington y La Paz, sino por

supuestos aliados en Moscú y La Habana.

La vida en rojo tiene implícitas unas “vidas paralelas” entre Fidel y el *Che*. El primero es Proteo, un héroe de mil caras o, al menos, de dos, como el rey Jano: una severa y otra clemente, una fanática y otra flexible, una pública y otra secreta. Esta ambigüedad lo lleva a veces al cinismo de un príncipe maquiavélico que da rienda suelta a la más desenfrenada voluntad de poder. El segundo, en cambio, es la transparencia, la visibilidad: la vida del *Che* refleja el firme deseo de alcanzar una correspondencia entre los valores y las prácticas, entre la moral pública y la privada. Guevara no sabe ocultar sus fines y así lo demuestra frente a la policía mexicana, frente al Kremlin, frente a la CIA o frente a los militares bolivianos. De hecho, habría que reconocer que el *Che* fue uno de los pocos miembros de la clase política cubana que promovió cierto clima de pluralidad y debate dentro del gobierno de la isla. Es por ello que estas “vidas paralelas” se asemejan mucho a otras de la tradición comunista: las de Stalin y Trotsky narradas por Isaac Deutcher.

Sin embargo, es precisamente esa rara honestidad, esa transparencia, la que, como en Narciso, produce en el *Che* una terrible vanidad. La vehemencia y el fanatismo con que Guevara defendió y realizó sus ideas, lo mismo si se trataba de lograr en Cuba una economía sin mercado ni dinero ni salarios o de producir el “hombre nuevo” en menos de dos generaciones a través de la clonación ideológica, o de entrenar a sus guerri-

llos como “frías y calculadoras máquinas de matar”, son los perniciosos efectos del “triunfo de su voluntad” y de la estetización de la violencia y la muerte. Estos rasgos del temperamento guevarista son los que determinan la seducción casi heideggeriana de ese “ser destinado a morir”, disciplinado como Séneca en el asma de los estoicos, pero también su naturaleza destructiva y letal.

Alguien poco familiarizado con la obra de Jorge Castañeda podría pensar que la principal virtud de *La vida en rojo* —presentar al *Che* como una víctima colectiva de Moscú, Washington, La Paz y La Habana, y no sólo

como un victimario— es también su mayor limitación. Ese lector se haría, con razón, la siguiente pregunta: ¿no tiene Guevara una buena parte de responsabilidad moral ante los cientos de miles de muertos que dejaron las guerrillas latinoamericanas? A lo que yo respondería, si se me permite, con una recomendación: reléase *La vida en rojo* con *La utopía desarmada* a la vista y se observará el inteligente esfuerzo por comprender las raíces sociales de las ideas del *Che*, sin renunciar a una crítica de ese violento mesianismo que lo llevó al genocidio y a la inmolación.